



EL SAINETE,

PERIODICO IMPOLITICO.

EL SAINETE.

ARTÍCULO OFICIAL.

Leyendo un enlutado cartel, el del teatro de la *Zarzuela*, estaba yo una mañana no hace cuatro días, cuando me tocó en el hombro un amigo poeta, saludándome afectuosamente con una graciosa sonrisa.

—¡Adios, querido Casimiro, qué es de tu vida?

—No me vá muy mal en mi destino.

—¿En qué destino?

—En el que me han repuesto pocos días hace. Me dan diez y seis mil reales por estarme encerrado seis horas diarias.

—¿Y cuándo vemos en escena algun drama tuyo?

—No lo esperes por ahora. No tiene uno humor de escribir con tantas ocupaciones.

—¿Ocupado tú?

—Y mucho. ¿Piensas que no dá que hacer un destino? Mira, por la mañana, de diez á once voy al ministerio; saludo á los amigos y fumo un cigarrillo mientras llega la hora de almorzar; á la una ya he almorzado, saco del pupitre los papeles y los arreglo sobre la mesa; como hace tanto frio están las manos yertas y no puede uno tomar la pluma sin

darse antes un calentoncito en la estufa; al fin me pongo á trabajar. Apenas he comenzado á enterarme de un espediente, cuando un portero avisa que el jefe me llama: es para pedir una solicitud que le recomienda un diputado; se busca, parece ó no parece, y vuelvo á mi espediente; con la interrupcion he perdido el hilo, y tengo que volver al principio para enterarme del negocio. Dan las cuatro, se guardan los papeles y... hasta otro día en que se repite lo mismo.

—Es verdad, hombre, tienes mucha razon. Pero en las horas que la oficina te deja libres, bien podias ocuparte en escribir, tú que tan buen éxito has obtenido con tus dramas.

—¿Y para qué he de escribir? Las empresas de teatros por lo comun prefieren las traducciones á los originales, bien porque solo tienen que pagar la mitad de los derechos de representacion, bien porque el público las recibe mejor.

—No lo creas, mi querido Casimiro, si se presentáran obras buenas originales, las admitirian con preferencia á las traducidas. Pero, desgraciadamente, los que, como tú, han sido aplaudidos en la escena, no escriben.

—Amigo mio, aquí para entre nosotros, mientras me dure el empleo no pienso hacer ni cuatro versos.

—Lo cual me prueba claramente que eres un grandísimo holgazán.

—Será lo que tú quieras; pero nadie en España puede

acusarme de ese defecto, porque á todos nos aqueja el mismo mal. A los diez y seis ó veinte años el que escribe, lo hace por el afán de gloria, pero pasada esa edad se trabaja para comer y nada más. Ahora que tengo un sueldecillo suficiente para cubrir mis necesidades de célibe, sería un solemne majadero si me diera malos ratos para esponerme á los sinsabores que comunmente acarrea al autor el estreno de un drama.

—Pues cuando no estabas empleado, recuerdo muy bien que no cesabas de estudiar y escribir para el teatro.

—¿Qué había de hacer?

—A pesar de los disgustos que dices trae consigo la representación de un drama.

—Que no son pocos. Hay que luchar primero con la empresa, luego con el director de escena, despues con todos los actores, y por último con el público. La empresa quiere que se llene el teatro muchas noches y para eso pide obras de efecto ó de chiste, nada de sentimiento, ni de interés, ni de filosofía. El director de escena quiere arreglar esta á su modo, dándole á veces otra intencion y otro efecto que el que imaginó el autor. Los actores, ya espresan mal una frase, ya acentúan los versos pésimamente, ya se resisten á decir esta ó la otra palabra tal como el autor la ha puesto, y aun llegan hasta querer reformar alguna escena. Pues luego entra el público, y esta es la parte mas dolorosa. En la mejor escena, donde uno cree haber echado el resto, una palabra que pueda interpretarse mal, una tos, un estornudo, un tropezon del actor con algun clavo del tablado, la cosa mas insignificante basta para destruir el efecto, para perder la obra. Dime luego que escriba.

—Tambien recibes aplausos, fama y renombre, si tiene buen éxito, aparte de la utilidad material.

—Sí, fama, renombre! Palabras tan repetidas y retumbantes como vacías de sentido. Dónde está la fama? En el sepulcro, despues la muerte; raro placer, extraordinario goce el que tan caro cuesta.

—Y en vida, ¿no gozas tambien de la fama?

—La fama de gacetilla; y para eso te esponces á que un *quidam*, que ni siquiera ha saludado á nuestros buenos clásicos, critique tu obra tan ágría y destempladamente como si de una corrida de toros se ocupase.

—Poco á poco con eso, que soy parte interesada: ya sabes que yo soy el encargado de pasar revista á los teatros en nuestra redaccion.

—Y cuántas palizas ó cuántos desafíos te ha valido tu encargo en EL SAINETE?

—Hasta hoy, afortunadamente, ningun percance he tenido, sea por la imparcialidad que en mis críticas me he propuesto, sea por la conocida sensatez de los artistas á quienes he censurado.

—Pues ándate con cuidado, porque bien puede ser que alguno se amostace: he oido decir que escuecen un poco tus latigazos.

—Latigazos no, será tal vez el zumo de los ajos; porque EL SAINETE no gasta látigo, quédese este muy enhorabuena para el difunto teatro del Príncipe. EL SAINETE tiene buena cosecha de coronas.... de ajos para premiar el mérito de los malos artistas y traductores.

—No me parece mal la idea, así no podrán quejarse de que se les levantan verdugones.

—Con que escribe, y no seas tonto, que los aplausos te esperan; pero, por Dios, no te echés á traducir.

—Me tienes ya preparada una corona de ajos?

—Tambien EL SAINETE las tiene preparadas de laurel, pero nadie las quiere y les vá entrando la polilla.

—Adios, que se hace tarde y ya es hora de entrar en la oficina.

—Adios.

Cuando mi amigo el poeta se fué eran las doce y media.

GERMAN GINEL.

EL JUEGO Y LOS JUGADORES.

Un filósofo alemán, de cuyo reversado nombre no hay para qué acordarnos, ha dicho en no sé qué obra, que la especie humana era tan vária en sus aspiraciones, como las olas del mar en sus giros.

Traducido al castellano este pensamiento, quiere decir que cada hombre tiene sus caprichos y sus rarezas, y que difícilmente se encontrarán dos que se diviertan con una misma cosa.

Hubo un emperador en Roma que entretenia sus ócios cazando moscas, otro que nombró cónsul á su caballo, y otro por fin, que para combatir sin duda el spleen que le aquejaba, ideó incendiar la capital de su imperio. Eugenio Sué, el gran novelista francés, no podia sufrir la luz del día, y otros mil hombres notables han tenido mil rarezas á cual mas notables tambien.

Pero de todas las manías á que está sujeta la naturaleza humana, ninguna tan estraña como la del que trabaja y se afana para adquirir dinero, y cuando recoge el fruto de su trabajo y de sus afanes lo juega, esponiéndose así á ver esterilizados unos y otro.

Comprendemos que hubiera un ilustre cazador de moscas, por que la ociosidad es la madre de todos los vicios. No nos choca que Calígula nombrase cónsul á su caballo; tal vez en lo que la historia ha visto una escentricidad, como ahora decimos, se encerrase un pensamiento político, el de demostrar que no se necesitaban méritos ni talento para llegar á los puestos mas elevados; lo que no hemos comprendido nunca, es que el hombre coloque su dinero en una especulacion en que la pérdida es segura.

Pero como en el mundo existen cosas que parecen incomprensibles y de cuya existencia nadie duda sin embargo, el juego y los jugadores son una triste verdad, y á dar una idea de ellos se encamina el presente articulo.

Ante todo, quiero empezar rechazando una acusacion que veo suspendida sobre mi cabeza. Al leer lo que sobre el juego y los jugadores es voy á decir, tal vez alguno de vosotros esclame maliciosamente: «muy bien enterado estás, de fiyo eres uno de tantos.» Quien tal digere se equivoca de medio á medio; todas las noticias que de este vicio tengo, las debo á un amigo mas corrido que una romana, que generosamente me las ha facilitado. Hecha esta importante salvedad, entremos en materia.

El jugador es un animal de dos pies muy parecido en su aspecto exterior al hombre entre quien generalmente vive y á costa del que, á semejanza de los vampiros, suele alimentarse. Por lo comun es desaliñado en su traje, porque ocupada su imaginacion con las sublimes combinaciones del *en trés* y del *elijan* no tiene tiempo de hacer en su vestido las modificaciones que reclaman las veleidades de la moda. Las casas que frecuenta contribuyen mucho á su desaliño. En ellas no es mas atendido el que se presenta mas decente, sino el que juega *mas fuerte*; y todos sabemos que la verdadera y única razon de que los hombres se atilden y compongan, es la manía social de dar ó no importancia á una persona segun el nombre del sastré que le viste. El antiguo adagio de que *el hábito no hace al monge*, puede muy bien aplicarse al juego con esta variante: «el traje exterior no abona al jugador.»

Vamos ahora á una *timba*, porque para estudiar á los jugadores, lo mas lógico es ir á verlos jugar; para conocer á un hombre debe vérselo en el ejercicio de sus funciones. Tened en cuenta que hay *timbas* de todas clases; pero como, aparte del lujo, la esencia es la misma, tomaremos un medio término.

Veis ese portal, sùcio, viejo y mal iluminado por la ténue luz de un farolillo, cuyos vídrios, gracias al polvo que los empaña, pudieran muy bien pasar por pergaminos? Procurad mucho no resbalar en las húmedas y desiguales baldosas del portal y procurad subir esa escalera, que si algo tiene de buena es no ser larga. Hemos llegado con felicidad á la puerta, mirad atrás y comprenderéis la exactitud con que hablan los que dicen que es peligroso andar en malos pasos.

Aunque veis una larga cadena de hierro no tireis de ella, porque sonaría la campanilla, y en las casas de juego reservan el honor de ser anunciados tan sonoramente á los señores celadores de policía y otros funcionarios públicos, que tienen la poca cordura de no dejar divertirse á la gente honrada. ¡Luego dirán que los viciosos no tienen deferencias con las autoridades!... Además, si hubierais tocado, en lugar de ver el juego y los jugadores, nos habríamos encontrado con la mitad de la concurrencia escondida, mientras la otra mitad jugaba á la mona ó á cualquier otro juego inocente. Llamad pues con los nudillos, resignaos á sufrir un detenido y silencioso exámen del viejo cancerbero que guarda la puerta, y cuando os abra, pasad adelante sin volver la vista atrás.

Hémos en el pasillo, y aunque no sabemos el camino, el armonioso y delicado ruido de las monedas nos indicará bien pronto á donde nos debemos dirigir. No reparéis en lo desamueblado de las piezas que atravesais; en estas casas no suele haber mas trastos que los precisos, con esto se evita que alguno con quien la suerte se haya mostrado esquiva, los arroje á la cabeza del banquero.

Llegamos á tiempo; acaba de levantarse un *burlote*, ó banquero de escalera abajo para ceder su lugar al de cabecera. Este pasea una mirada investigadora sobre los que le rodean y saca de sus bolsillos lentamente, razonable cantidad de monedas de todes clases, y como en este mundo muchas veces nos alimentamos de ilusiones, muchos de los concurrentes se hacen la de ganar algunas. Ahora que saca de su bolsillo una baraja sin estrenar, al parecer, pero en la que se habrán hecho las preparaciones necesarias, es tiempo de que os clasifique los que van á jugar. Son de dos clases; jugadores de buena fé, mas generalmente conocidos con el nombre de *puntos* y *tahures*, ó jugadores de profesion.

El jugador de buena fé es ordinariamente jóven, ya porque en los jóvenes son mas comunes las pasiones, ya porque como menos reflexivos que en la edad madura, somos mas fáciles de engañar. Generalmente pertenecen á la clase de estudiantes, sin que por esto neguemos que los hay de todas las demás. El deseo de brillar entre os otros y las necesidades que se crean en una gran poblacion en que los caprichos abundan mas que los medios de satisfacerlos, hacen que un muchacho á quien le parecia una suma exorbitante los diez ó doce duros que el padre le señaló mensualmente para sus gastos, se vea apurado á los quince dias de empezado el curso, reniegue de su estrella á los veinte, y esté agoviado de deudas á los dos meses. Al principio el padre paga sin saberlo estas deudas, al remitir á su hijo el importe de unos libros de testo que no se compran, ó los honorarios de un médico que no tiene el honor de conocer á su supuesto enfermo.

Pero pasa algun tiempo, los gastos crecen, la paga parece menor cada dia, los amigos, las reuniones y los goces cuestan caros y..... Ahí le teneis, miradle descompuesto el semblante y desarreglado el traje, deshecho el lazo de la corbata, sùcia la camisa. Está jugando el dinero que le han dado por el empeño de sus ropas, para ver si puede rescatar el de la mesada que debió entregar á la patrona, el de la suya, y el producto de la venta de sus libros que perdió dias pasados. No le habéis, porque de seguro os contestaría mal; no nos acerquemos á él, porque nos empujaría descortesmente como empuja y codea á aquel elegantito que viene á jugar la peseta que sustrajo del bolsillo de su mamá mientras dormía la siesta.

Aguardemos á que salga la carta que ha de ganar. El banquero vá tirando de las que la preceden con una lentitud que le desespera, y mientras dura su mortal incertidumbre clava despiadadamente las uñas en su cuello sin sentir el dolor que los arañazos le producen, y sin que mañana tal vez sospeche que él mismo se los causó.

Ya salió; ha ganado; bien se conoce en sus ojos, en la espresion de todo su semblante; mirad con qué codicioso afan recoge su dinero para volver á esponderlo al *albur* siguiente.

Como este son casi todos los que rodean la mesa. Creen de buena fé que el azar y solo el azar es el que reina en el juego; se alucinan con la ganancia de un dia y vuelven al dia siguiente con la esperanza de que la buena suerte continúe, hasta que se convencen de que el juego es una verdadera estafa y dan por bien empleado el dinero que les ha costado esta leccion de mundo.

De estos jugadores hay muchos. Unos se abaten cuando las pérdidas son continuadas y juegan cuanto pueden, y calculan y discurren hasta que convencidos se retiran. Estos no suelen jugar mas que una temporada, lo preciso para desengañarse; y una vez retirados y escarmentados, puede tenerse por seguro que no volverán á jugar. Otros toman el juego como un medio de procurarse dinero, y cuando ganan, lo lucen sobre manera. Los otros, jugadores *pur sang*, no distraen ni un cuarto para gasto ninguno, y el dinero que procede del juego lo emplean en jugar solamente. Estos gastan y triunfan y solo vuelven á jugar cuando se les acaban los recursos. Así consiguen no perderlo todo, y cuando despues de algun aprendizaje comprenden que jugando con el banquero se gana, van estudiando las ocasiones, las aprovechan y empiezan á ser conocidos con el nombre de *orejeros*. Mas adelante ó se retiran sin quebranto ó ascienden á la categoría de *tahures*, de que vamos á ocuparnos.

Para ello no necesitamos salir de la *timba*, por que en ella en contraremos mas de los que nos hagan falta. Mirad al banquero. Es un, al parecer, caballero de edad mas que mediana, afable y bondadosa sonrisa, franca y penetrante mirada. Va decentemente vestido y sus maneras sin ser finas tienen alguna distincion. Enfrente tiene otro que le ayuda á pagar las puestas que ganan, á recoger las que pierden y que lleva la palabra cuando se entabla alguna disputa. Ese es el llamado *gurrupió* ó ayudante, y tanto él como su principal, son *tahures*.

Vedlos impasibles mientras todos los que les rodean están agitados por la incertidumbre. A primera vista os chocará esta frescura estando espuestos á perder toda su fortuna con un par de cartas contrarias que vengan, pero si yo os digo que tienen la seguridad de que esas cartas no vendrán, cesará de fijo vuestra estrañeza.

Voy á enseñaros algun otro, por que si solo os enseñara dos, me diriais y con razon que mi coleccion era muy pobre, cuando por desgracia es muy numerosa, y por demás variada.

¿Veis aquel viejo que recoge y cuenta con el mayor cuidado las monedas que le dán? ese es banquero en otra casa de menos categoría; y así como en el mundo el jefe de una oficina se hace dar tratamiento por los porteros y se humilla ante el ministro, así este hace aquí el papel de *punto*, y en otra parte será el amo. No créo que esto os estrañe, porque en la sociedad abundan los que haciendo unas veces de comparsas, quieren aparecer en otras como primeros galanes.

Aquel pobrete que solo el verlo dá lástima, y que recoge dos pesetas de ganancia, era hace cinco años todo un caballero; perdió en el juego toda su fortuna, y cuando tocó el desengaño, no tenia que comer. Quedóle sin embargo un capital, la experiencia, y ved cómo explota ese capital sacando un tanto diario sin mas trabajo que poner cuidado á ciertos manejos que para nosotros los profanos pasan desapercibidos.

Aquí podria yo entrar en unas cuantas reflexiones morales que se desprenden de lo que llevo dicho, pero no la hago por mil razones, de las cuales os diré dos. Primera, por que sería haceros muy poco favor suponer que si no os daban el fin moral de este artículo, no sabriais sacarlo; segunda, porque los autores dramáticos modernos han dado en la manía de poner al final un sermoneito, y á nosotros nos ha parecido muy mal imitarlos.

Solo nos resta, hechiceras suscriptoras, daros de valde un consejo que vale mucho dinero. No entregéis jamás vuestro corazon á un jugador, por que sería capaz de esponderle á un *albur*.

MANUEL GONZALEZ.

RECUERDOS DEL BIEN PERDIDO.

ROMANCE.

— ¡Qué dulce y vago placer

- » Siente el pecho dolorido
- » Al recorrer estos campos,
- » Al pasar por estos sitios!

Así exclamaba una mora

En los campos granadinos,
Aliviando con sus lágrimas
Su corazón afligido.

— «Allí, al pié de aquella encina,

- » Al pasar por el camino
- » Le ví por la vez primera;
- » Solo estaba y pensativo.

» Allá, junto aquel laurel

- » Estaba yo cuando él vino
- » A ofrecerme una flor bella
- » Y su corazón rendido.

» Sentados en esta peña

- » Guirnaldas los dos tejimos,
- » Y despues me coronaba
- » De rosas, azahar y mirtos.

» ¡Cuántas veces, en las noches

- » Calurosas del estío,
- » Por el bosque y por el valle
- » Paseando nos perdimos!

» ¡Cuántas veces, al bajar

- » A la mezquita ó al río,
- » Le encontraba y me seguía
- » Con los ojos en mí fijos!

» Aquí, bajo de esta parra

- » Y sus dorados racimos
- » Le ví por última vez
- » Al tiempo de despedirnos.

» A la guerra se partió

- » Hace un año bien cumplido,
- » Y de la guerra no torna
- » Mi Gazul, el amor mio.

» Y yo entretanto le aguardo

- » Recorriendo aquestos sitios
- » Y regando con mis lágrimas
- » Encina, laurel y mirto.

» Que el bosque, el valle, la peña,

- » El emparrado y el río
- » Y la mezquita, son todos
- » Recuerdos del bien perdido.»

J. DE MORALES Y SERRANO.

EN UN ALBUM.

Mas de treinta hojas escritas
Tu álbum tiene, Elisa bella,
Y en ellas mil lindas frases
En lindos versos envueltas,
Con que tus admiradores
Un noble empeño demuestran
En ensalzar cual merecen
Las gracias de tu belleza.
¡Qué conceptos tan bonitos!

¡Qué oportunas ocurrencias!

Vamos, confieso que yo
Llegué tarde á la palestra.

¡Cómo te ponen de cielo,
De sol, de luna, de estrella,
De coral, topacio y ámbar,
De nácar, diamante y perla,
De rosa, de margarita,
De amapola, de azucena,
De bonita, de graciosa,
De divina, de hechicera!

Y todo ¿para qué, Elisa?

Para decir que eres bella,
Para decírtelo á tí
Como si no lo supieras.

Y, ahora bien, ¿no es compromiso

Querer decir cosas nuevas
Habiendo agotado otros
El raudal de su elocuencia?

Pues eso me pasa á mí,

Que aunque mi intencion quisiera
Hacer de tí un panegírico

En quintillas ó en ardetas,
Me reconozco y confieso

Como de débiles fuerzas,
Para tratar cual merece

Tan importante materia;
Mas si basta la intencion

Dispensa, Elisa, dispensa,
Porque eres tú muy bonita,

Y soy yo muy mal poeta
Para hablar cual corresponde

De tu beldad hechicera,
Que no porque de tus gracias

No haga una alabanza estensa,
Dejarás de ser, Elisa,

De las bellas la mas bella.

M. FERNANDEZ VILLABRILLE.

LA PAPALINA DE SU ABUELA.

CUENTO.

—Pero Caralampio: ¿vas á tener valor para cometer semejante disparate con una mujer tan.....

—Vieja y fea, ¿no es verdad? Tanto mejor, querido Cándido, de ese modo estoy menos espuesto á entrar en la hermandad del paciente San Mar.....

—Cosas tuyas. Siempre encuentras salidas para probar que debes hacer cuanto te se ocurre, aunque sea un absurdo.

—Desengáñate, Cándido; tengo un hambre metálica que me devora, y ni un cuarto para saciarla; doña Eustaquia posee mucho oro: estoy cansado de írselo sacando onza á onza, y comprendo que es lo mejor y mas positivo dar el golpe de una vez. Me caso, la pesco el gato, hago la procesion del niño perdido....., y si te ví no me acuerdo.

—Será la última calaverada que ponga el brillante florón á tu corona de estravagancias, pero ten presente Caralampio.....

—Nada me arredra; estoy decidido á todo y anhelando el momento de su realizacion. Conque adios, ya es la hora, y mi tórtola espera á su tortolito.....

Caralampio dejó á su amigo haciendo graves reflexiones mientras atizaba el fuego de su chimenea, y seis minutos despues se encontraba al lado de doña Eustaquia con el aspecto mas melancólico

y sentimental que pudiera haber adoptado un romántico del año treinta y tres.

—Vaya, vaya... Caralampio: decía la buena señora; tú no dices la verdad. ¿Cómo es posible que tú, con tanto mérito, tan alhagado de las jóvenes, hayas llegado á apasionarte con tal extremo de esta pobre vieja? ¡Ay! Ayer mismo cumplí los cuarenta años.

Por un resto de galantería hácia el bello sexo, nos abstenemos de indagar si era cierto el número de años de doña Eustaquia.

—Amada Eustaquia, esa duda me ofende. Tiempo hace que debieras haber conocido la verdad de mis sentimientos. Mi constancia en visitarte, mi inquietud cuando me hallo á tu lado, esta turbación que experimento al dirigirte la palabra, el afán con que siempre solicito una tierna caricia y otras muchas cosas que pudiera añadir y que tu comprenderás en mi silencio, me parece son bastantes pruebas de mi acendrado cariño. Pero si esto no te basta, lo que hoy vengo dispuesto á exigirte, te probaré hasta donde alcanza mi pasión.

Doña Eustaquia que había escuchado embelesada las primeras frases de amor, se estremeció al comprender que se le iba á exigir alguna cosa, porque creyó que era dinero, y no teniendo alguno disponible en aquellos instantes temía que la falta de *alpiste* alejase al canario de la jaula.

—¿Y qué es lo que quieres exigirme, Caralampio? preguntó azorada.

—Estoy decidido, si tú no te opones, á que el sacerdote una en el altar nuestros destinos.

—¿Cómo? ¿Cómo? Yo debo haber oído mal.... repítelo por Dios.... repítelo.

—Que quiero que la iglesia consagre nuestro amor. Estoy resuelto á casarme contigo.

—¡Aaaaaay!!

Y cayó desmayada en los brazos de su amante. Este desmayo era una cosa muy natural. La intacta virginidad de doña Eustaquia se estremeció de pudor al sentir á quema ropa la palabra casamiento, y su alma no tuvo fuerzas para resistir tan violento é inesperado golpe.

El afortunado amante penetró con ella en la inmediata alcoba y la colocó cuidadoso en su casto lecho llamando á la criada en su auxilio. Después de hacerle aspirar repetidas veces algunas sales, lograron que volviese del alarmante desmayo; pero apenas había tenido tiempo para enviar una dulcísima y cariñosa mirada á su futuro, le acometió una furiosa calentura que casi la privó del uso de la palabra.

—Que llamen.... ¡ay! yo me muero,..... que llamen al doctor Porteras....

Y volvió á caer en un abatimiento profundo. Caralampio se puso en marcha para traer al referido doctor, mientras la fiel doncella velaba, cuidadosa, por la salud de su señora.

Pasados algunos minutos y en el momento en que el susodicho doctor penetraba en la alcoba de la paciente acomodando en su prominente nariz las descomunales antiparras, un delirio horroroso embargaba con violencia los sentidos de la enferma. Una multitud de palabras incoherentes, que tan solo el feliz amador podía comprender, se escapaban por intervalos de sus labios, mientras que el grave doctor sin dejar de estrecharle el pulso, dirigía estúpidas miradas desde el descompuesto semblante de la pobre señora, al desnudo cielo-rasó de la alcoba.

—Sí, sí, exclamaba la enferma con exaltación creciente... eterno.... nunca nos.... el sacerdote.... pero.... que no me lean la epístola de San Pablo.... mis.... castos oídos.... impúdicas.... ¡ay!.... trimonio.

—¡Ya caigo! exclamó el doctor. Es que la señora ha soñado con tres demonios, y su estremada devoción y rígida conciencia en materias religiosas, ha exaltado su espíritu y producido esta crisis en sus facultades intelectuales. Pero no es cosa de gravedad: con un temperantito que ahora recetaré, mucho reposo, mucho silencio, mucha calma, frecuentes pediluvios, y mucho régimen en la comida,

me prometo que estará completamente buena dentro de breves días, si Dios no dispone otra cosa.

—Quedamos enterados, contestó de mal humor Caralampio.

El señor Porteras pasó á la sala y estendió su calmante receta en un latín que el mismo Cicerón hubiera tomado por lengua sábia é incomprendible de remota antigüedad. En seguida marchó impávido tras los enormes vidrios de sus descomunales antiparras.

Doña Eustaquia prosiguió largo rato en su delirio. Gimió, lloró, suspiró, hizo otras varias cosas que no son para referidas, y entró al fin en caja algunas horas despues.

A los ocho días se había realizado el pronóstico del doctor. Doña Eustaquia estaba completamente restablecida y trabajaba á toda prisa en los preparativos de la boda.

A los treinta, la bendición del sacerdote ratificaba con indisoluble lazo las voluntades de los desposados.

Seis horas despues la empavesada novia acompañada de la madrina, se despojaba de la virginal corona, y penetraba en el casto lecho donde había de venir á acompañarla el adorado esposo.

Retiróse la madrina dirigiendo antes á la novia algunas picantes indirectillas, y á los pocos momentos penetró Caralampio mas turbado y confuso que un novicio travieso en presencia del prior.

—Eustaquia.... balbuceó con timidez.

Doña Eustaquia hizo un esfuerzo para ruborizarse, y se cubrió hasta las narices con el embozo de su cama.

(Se continuará.)

A CASIMIRA.

AMOR MUDO.

Me gustan, niña, tus lábios
Porque son lábios muy bellos,
Y me enamoran tus ojos,
Tus brillantes ojos negros.

Y me encanta tu cintura
Cual la palma del desierto,
Y tu mano, pié, y tu garbo,
Y tu voz, y tus cabellos.

Por todas partes te sigo
Como al imán el acero,
Y me estoy por tí quedando
Escuálido y macilento.

Dirigeme una mirada
Y calmarás el eterno
Triste dolor que me abrumba
Mientras tu rostro no veo.

Que te adoran dicen muchos
Galanteadores mancebos,
«Y yo no te digo nada
Y soy el que mas te quiero.»

Despues de estar en un baile
En una noche de invierno
(En el que bailé contigo
Con muchísimo salero),

Quise meterme en mi casa
Para pensar, de amor ciego,
En tus públicos hechizos
Y en la gracia de tu cuerpo.

Pero la suerte maldita
Siempre me está persiguiendo,
Y aunque alarmé todo el barrio,
Niña hermosa, no me abrieron.

Me fui bajo tus balcones
Y exhalando mil lamentos,
Estuve triste mirando
Las estrellas de los cielos.
Mira tú lo que te adoro,
Mira tú mi amor inmenso
«Que aunque no te digo nada
Yo soy el que mas te quiero.»

Cuando vas con la mantilla,
Y el zapato bajo puesto,
Y el vestido de manola,
Y al aire tu hermoso cuello,
Y atado por la cintura
Llevas el blanco pañuelo,
Entonces... ¡gitana mia!
Tengo terribles deseos.
Tú no sabes lo que pasa
Dentro de mi herido pecho;
Mi corazon en cenizas
Convirtió el último incendio.
Págame tantos pesares,
Niña, con un dulce beso;
Compadécete del llanto
Que por tí tan solo vierto.
Dices que nada te he dicho:
Es que te adoro en silencio
«Y aunque no te digo nada
Yo soy el que mas te quiero.»

J. A. GUTIERREZ TOBAR.

LA MUJER.

Es la muger un ángel
Cuando nos quiere,
Y es el mismo demonio
Cuando aborrece;
Luego es muy cierto
Que la mujer es ángel
O malo ó bueno.

LA COQUETA.

Es la mujer coqueta
Ramo de flores,
Que perfuma las ricas
Habitaciones,
Y á la semana,
Secó y ajado, tiran
Por la ventana.

EPÍGRAMA.

Aficionada es Marcela
Al balcón en demasia,
Y hay mas de una lengua impia
Que de su honradez recela,
Y aun murmura de su tía.
Atado un gran papelon
A los hierros del balcon,
Delante de ella vi ayer.

—¿Se alquila esta habitacion?
Me preguntó Don Javier.

EUSEBIO AGUDO.

TEATROS.

Gracias á Dios que cogemos la pluma con gusto porque tenemos algo nuevo de que hablar. No es esto decir que todo sean elogios, pero algo es algo y mas vale que nada. *Antaño y ogaño*, *Una tempestad en América* y *Por conquista*, se han estrenado en la semana pasada, y hasta el Teatro Real anuncia *Los Hugonotes* para esta noche.

Tambien se dice que finalizadas que sean las representaciones de *Los Hugonotes* se pondrá en escena *La Fiorina*, nueva ópera que ha hecho furor en toda Europa, pero reservamos el creerlo para cuando veamos la primera representacion.

Y vaya de canto y de cantantes: á Ronconi le ha sucedido una horrible desgracia. Acaba de heredar á un tio cuyos bienes producen 30,000 duros de renta anual. Aunque no sea muy cristiano desearse males, os aseguro que desde que lo he sabido estoy pidiendo á Dios una calamidad por el estilo.

Otra noticia de otro cantante. Nuestros lectores recordarán que varias veces se ha dado por los periódicos la de la muerte del bajo Lablache, y que otras tantas ha salido falsa. Ahora volvemos al mismo tema; se dice que ha muerto en Nápoles á la edad de 62 años, pero como ya se ha muerto catorce ó quince veces, esperamos leer en los mismos periódicos que anunciaron su fallecimiento, qu el difunto se ha presentado en el teatro de San Carlos de aquella capital.

En el teatro del Circo se ha estrenado, como en nuestra última revista anunciamos, una comedia nueva, original, titulada *Antaño y ogaño*.

En gracia de la buena intencion, del objeto á que se destinó la comedia y de la modestia del autor, pudieran perdonársele algunas cosas que está en nuestro deber haecer notar.

La comedia hace muy bien en no tener pretensiones, porque le faltaria en qué fundarlas; es un cuadro de costumbres muy exagerado, donde no hay accion, pero donde abundan los chistes, mas ó menos delicados, y donde no falta moralidad.

El público lo ha recibido bien, calificándolo de *sainete* en tres actos. Nosotros, sin embargo, no nos damos por aludidos.

La ejecucion fué bastante regular; mejor de lo que podiamos exigir de una graciosa bailarina que hace una gracia en declamar: le aconsejamos por su bien, que no menudee esta gracia, porque pierde mucho de su prestigio. Concha Ruiz, si pretende ser cómica y no bailarina, pronto bajará de su pedestal.

Nos ha estrañado muchísimo que no tomáran parte en esta obra ninguno de los primeros actores, mucho mas siendo el autor un compañero. Se han presentado en escena á recibir los silvidos del público en *La Perla de Rafael* y no han querido encargarse, en gracia de la beneficiada, de ningun papel en *Antaño y ogaño*.

Puede muy bien decirse que esta comedia es la segunda parte de ¡Concha!

La manera con que el público la ha recibido es una prueba mas de que tiene ganas de reir.

El miércoles 3 recibió la Teodora nuevos y repetidos aplausos en la representacion de *Adriana*. La competencia con la Ristori ha sido la causa de esta funcion á que asistieron SS. MM. y AA.

En otros dramas tal vez raye mas alto la trágica italiana, pero en *Adriana* la supera nuestra actriz andaluza.

El teatro de Novedades anuncia para el jueves y á beneficio del primer actor, Sr. Valero, el estreno del deseado drama *Entre el Cielo y la Tierra*. Creemos que si entre uno y otra nada hay oculto, el drama ha de tener lindezas. ¡Ahí es nada lo que cabe entre el Cielo y la Tierra!

Esperamos con ansiedad la *capa encarnada* del verdugo.

En el mismo teatro se prepara una refundicion de la comedia *La perfecta casada*, una de las mejores del teatro antiguo; en ella ten-

dremos ocasion de admirar al Sr. Valero que tan bien hace las medias de capa y espada.

So anuncian tambien algunas obras *traducidas*.

Con el título de *Una tempestad en América*, se nos ha presentado en el teatro de la Zarzuela una *cosa* que no sabemos cómo calificar, pero que es un atentado contra los oídos del público. Muchas personas han quedado sordas como un poste, de resultas del estreno de esta obra musical.

Restablecidos de nuestra sordera asistimos pocas noches despues al estreno de *Por conquista*, zarzuela en un acto de los Sres. Barbieri y Camprodon.

En cuanto al libreto, es uno de tantos; argumento de zarzuela *legítimo*, mas gastado que *hombre público*, y mas insulso que comida de vigilia.

No podemos decir otro tanto de la música; aunque no toda sea excelente, hay piezas muy bonitas, con tendencias á lo que debiera ser la zarzuela, á la ópera española.

En el próximo número del SAINETE, daremos una revista musical en la que se analizará con mas detencion esta obra que verdaderamente lo merece.

GERMAN GINEL.

Entregaron á un cosario bastante imbécil una cesta de cangrejos y una carta para que lo pusiese todo en manos de un caballero que residia en el pueblo inmediato.

Pero los animalitos no estaban muertos, ni la cesta bien tapada, y antes de llegar á su destino tomaron uno tras otro *las de villadiego*.

El pobre arriero se quedó aturdido al encontrarse cuando llegó á la posada con la cesta vacía. Despues de discurrir largo rato, juzgó lo mas oportuno entregar la carta y la cesta tal cual estaba, sin darse por entendido de la ocurrencia.

Hízolo así en efecto: se presentó á la persona á quien iba dirigido el encargo y le entregó ambas cosas, pero trémulo é inquieto, sospechando que iba á pedirle los animales desertores.

Cuando el caballero hubo concluido de leer la carta, le dijo al cosario, dando sobre ella un par de golpecitos.

—Aquí me dicen que vienen seis docenas de cangrejos, tío Bernardo.

—¡Ay Sr. D. Camilo: no puede V. figurarse lo que me alegro de que vengan ahí, porque lo que es en la cesta no ha quedado ni señal.

Habia en un pueblo un hombre muy pobre, y que sobre no tener un cuarto, tenia mas deudas que pelos en la cabeza.

Cansado un dia de que todos le pidiesen dinero, se fué á consultar á un abogado.

Despues de esponerle su situacion, le preguntó el leguleyo:

—¿No tiene V. hacienda ni bienes de ninguna clase que le puedan ser embargados?

—No señor, no tengo mas que el dia y la noche.

—Pues entonces al que le pida á V., sea quien sea, le enseña V. los dientes y no le paga.

—Está bien, señor, muchas gracias.

—¿Pero no me paga V.? dijo el letrado al ver que se marchaba.

—¿Cuánto debo á su mercé?

—Cuarenta reales.

—Pues... abrió la boca, le enseñó los dientes, y en la misma moneda pagó á todos sus acreedores.

A un médico-cirujano de buena conciencia, le concedieron una cruz por haber asistido en su parto á una señora distinguida. Cuando recibió la noticia se encerró en su gabinete, y exclamó arrodillándose ante un crucifijo.

—Bien sabeis, Jesus mio, que ni vos ni yo la hemos merecido.

Tienen los alemanes graciosas ocurrencias, en medio de su habitual gravedad.

No hace muchos dias que recibió un amigo nuestro la siguiente esquela, impresa y fechada en *Swinemunde* (Prusia.)

«Mr. y Mme. Wilhelm Kruger han dado á luz con toda felicidad una robusta niña.»

«Mme. Kruger tiene el honor de participarlo á V.»

«El padre y la niña siguen bien.»

Todavía no hemos llegado en España á este grado de civilizacion.

Debía un amigo á otro quinientos reales, y el acreedor escribia desde Valencia al deudor:—«Espero que me envíes cuanto antes los quinientos reales que me debes, pues estoy necesitado de dinero.»

El deudor contestó inmediatamente con toda galantería:—«En cuanto á los quinientos reales de que me hablas, ya sabes que te los he perdonado hace tiempo, y de nuevo te los perdono.»

—¿En qué se parecen los fósforos amorfos á la zarzuela?

—En que los primeros no se encienden mas que en su caja, y la segunda no agrada al público mas que en el Circo.

—¿Y en qué mas?

—En que se desgasta pronto la caja de los fósforos y la aficion del público.

Solucion del geroglífico inserto en el número anterior.

A burro flojo, arriero loco.

A burro flojo, A rie RO loco.

CHARADA.

Famoso nombre de un rio

Es mi prima, sin disputa.

Un arbusto perfumado

De flores claras-oscuros,

Hallarás, á no dudarlo,

Si segunda y quinta juntas.

Tercia y cuarta es una tela

En su colorido mústia,

Mas de riquísima seda

Y superior estructura.

El todo en el carnaval

Se afana, trabaja y suda;

Allí puedes encontrarlo,

Si es que buscarlo procuras.

GEROGLÍFICO.



Por todo lo que vá sin firma, JUSTO DEL BARRIO.

Editor.—D. JOSÉ E. RIVERO.

Madrid 1858.—Imprenta de Julian Peña.—Lope de Vega 26.

EL SAINETE

periódico impolítico

A NUESTROS SUSCRITORES.

Gracias, señores míos, gracias por vuestras graciosas suscripciones, que sea dicho de paso, nos han hecho mucha gracia.

El SAINETE no es ingrato, y en prueba de ello, nos basta recordar que en el poco tiempo que lleva de vida, no ha escaseado medio para tener á VV. contentos.

Llevando adelante su propósito de no ofrecer, sino dar, y accediendo á los ruegos de muchos de VV., ha introducido mejoras de gran importancia.

Sin aumentar en un maravedí el precio de la suscripcion, aumenta su tamaño.

Ademas dedica una página á anuncios que insertará gratis á los señores suscritores, no excediendo de 20 líneas.

Los que no lo sean pagarán 4 mrs. por cada línea.

Sale cuatro veces al mes. Cada número consta de ocho páginas de excelente papel y esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, por un mes	4 rs.
En provincias, por tres meses	16
En el extranjero y Ultramar, por un semestre	40

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la Administracion, librería de D. Leocadio Lopez, Cármen 29; Duran, Victoria 3; Cuesta, Mayor 2; Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, remitiendo el impórt en libranzas sobre el Giro mútuo de Correos, ó en sellos de franqueo, y por medio de nuestros comisionados cuya lista insertamos.

Alicante	D. José Marcili.
Alcoy	D. Antonio Paya é hijos.
Albacete	D. Ramon Sebastian Perez.
Almería.	D. Mariano Alvarez.
Antequera.	D. Manuel Ortiz Tallante.
Avila	D. Francisco Gayoso.
Alcalá la Real	D. Bernardo Sanchez Molina.
Andújar	D. Manuel María Serrano.
Badajoz	Viuda de Carrillo y Sobrino.

Barcelona.	D. Salvador Manero.
Búrgos.	D. Saturnino Gomez.
Bilbao	D. Tiburcio Astuy.
Cáceres.	Sres. Concha y Compañía.
Cádiz	D. Juan José Gonzalez.
Ceuta	D. Francisco Cortao.
Castellon de la Plana.	D. Pedro Gutierrez Otero.
Ciudad-Real	D. Victoriano Malaguilla.
Córdoba.	D. Bernardo Lopez Latorre.
Coruña.	D. Enrique Perez.
Cueca.	D. Pedro Mariana.
Cartagena.	D. Liberato Montells.
Calatayud.	D. Francisco Molina y Franco.
Ferrol	D. Nicasio Tajonera.
Gerona.	D. Joaquin Francisco Palahí.
Granada	D. Manuel Garrido.
Guadalajara	D. Severiano March.
Huelva.	D. Nicolás Dominguez.
Huesca.	D. Jacobo María Perez.
Jerez de la Frontera	Sres. Puiggener y Jordó.
Jaen.	D. Antonio A. Ortiz.
Logroño.	D. Domingo Ruiz.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Málaga.	D. Francisco Moya.
Múrcia.	D. Francisco Díaz.
Mahon.	Adminstr. del Eco [le Menorca.
Orense.	D. José Ramon Perez.
Oriedo.	D. Rafael Cornelio Fernandez.
Pamplona.	D. Regino Bescansa.
Palencia.	D. Elias Heredia.
Palma de Mallorca.	D. Francisco Jimenez.
Pontevedra.	Sres. Antunez y Pazos.
Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
San Sebastian.	D. Pio Baroja.
Salamanca.	D. Cayetano de la Bárcena.
Santander.	D. Severiano Diaz.
Sevilla.	Hijos de Fé y Compañía.
Segovia.	D. Eugenio Alejandro.
Soria.	D. Francisco de Rioja.
Tarragona.	D. Antonio Puigubri y Canals.
Teruel.	D. Vicente Mallen.
Toledo.	D. Severiano Lopez Tando.
Vitoria.	D. Bernardino Robles.
Valencia.	D. Manuel Carboneres.
Vigo.	Administracion del Miño.
Valladolid.	Sres. hijos de Rodriguez.
Isla de San Fernando.	D. Rafael Martinez.
Zaragoza.	D. Tomás Aguirre.
Zamora.	D. Manuel Conde.
París.	Libr. Española, rue Provence, 12.
Lóndres.	Doctor Holloway, Strand, 244.
Habana.	Sres. Charlain y Fernandez.

OBRAS EN VENTA

EN LA

librería la Publicidad,

Pasaje de Matheu,

calles de Espoz y Mina, y de la Victoria.

Diccionario etimológico de la lengua castellana, por Monlau; un tomo de 600 páginas, 8.º rústica, 32 rs.

El libro de los libros, ó las mil y una máximas, coleccion de pensamientos, consejos proverbios y dichos sentenciosos, etc., por Moralinto; 1 tomo, encartonado, 6 rs.

Las mil y una barbaridades, agudezas, ocurrencias, etc., por Pipiritaña; 1 tomo, encartonado, 8 rs.

Higiene del matrimonio, ó el libro de los casados; en el cual se dan las reglas para conservar la salud de los esposos, asegurar la paz conyugal, y educar bien la familia, por Monlau; 1 tomo. 24 rs.

Higiene del alma, ó arte de emplear las fuerzas del espíritu, traducido por Monlau, 1 tomo, 10 rs.

Higiene industrial, por Monlau, 1 tomo, 6 rs.

Elementos de higiene pública, por Monlau, 2 tom. rús. 4 rs.

Elementos de higiene privada, por Monlau, 1 tomo, 24 rs.

Elementos de literatura, ó tratado de retórica y poética, por Monlau, 1 tomo holandesa, 20 rs.

Corsini: fisiología del beso, 1 tomo. 4 rs.

Pacheco: Código penal concordado y comentado, con las reformas de 1850, segunda edicion, 3 tomos, 4.º rústica, 80 rs.

— Estudios de derecho penal: lecciones pronunciadas en el Ateneo; 1 tomo, 4.º rústica, 26 rs.

— Viaje á Italia, primera parte, 1 tomo, 4.º cartonado, 30 rs.

Zúñiga: Novísima legislacion no recopilada, que alcanza desde 1808 hasta 1854; 2 tomos y apéndice, rústica, 70 rs.

— Práctica general forense, con arreglo á la ley de enjuiciamiento civil, 2 tomos 4.º rústica, 62 rs.

— Código penal explicado; 4 tomos 4.º rústica, 80 rs.